

Capítulo 1

·Todos Los Héroes Están Muertos·

Al salir al exterior, el resplandor del día le aguijoneó la vista, haciéndole apretar los párpados. Era el lógico acto reflejo tras haber pasado tanto tiempo encogido en el último rincón de la última celda de la prisión.

Flanqueado por dos de sus carceleros, momentáneamente convertidos en lazarillos, echó a andar, intentando visualizar las siluetas que se alzaban unos pocos metros por delante. Conocía a la perfección aquellos sonidos: el chasquido metálico de las llaves de chispa, el golpeo de la vaqueta dentro del alma de los cañones. Nunca imaginó, ni siquiera en sus fantasías más retorcidas, que acabaría sus días así, ante un pelotón de fusilamiento.

La boca le sabía a vino oxidado y se sentía pesado dentro de aquel extraño uniforme, desprovisto de galones y de insignias. La cercana presencia de Esteban y Marius lo reconfortaba; sin embargo, no era suficiente para mitigar el frío de la soledad. En aquel postrero trance, extrañaba más que nunca a su amada, a su esposa, a la mujer que había irrumpido en su vida para iluminarla y rescatarla de la destrucción que él mismo había programado y a la que ahora sentía que traicionaba muriendo así, joven y vencido.

Su único consuelo era la certeza de haber hecho lo correcto, al menos al final.

Hicieron el ademán de cubrirle los ojos. Él se negó con un movimiento de cabeza. Estaba cansado de tanta oscuridad; además, la blanquecina belleza del día que no hacía más que despuntar tampoco lo merecía.

Impasible, se cuadró ante la hilera de fusileros aguardando lo inevitable. Sintió el crujido de los pies de gato retrocediendo hasta la posición de amartillado. En ese momento un único pensamiento lo eclipsó todo; 'que tengan buena puntería' imploró en silencio. Luego miró al cielo, sintiendo en el rostro la brisa y el resplandor del sol vespertino. Le pareció que el tiempo se detenía y que el mundo se relentizaba a su alrededor. Entonces los recuerdos brotaron de la nada, unos pellizcándole el alma y otros, haciéndole cosquillas, tan vívidos y frescos como el día en el que los albergó.



A finales de Termidor del Año X¹, su padre dispuso que Michel pasara el estío en el *Château*, junto al resto de sus familiares. Allí se reunirían los Clément con todos los hermanos de madre que, procedentes de Lyon, se instalarían en la casa de campo acompañados de todos sus hijos. En consecuencia, hubo que acondicionar dos plantas enteras del ala de invitados, sumando un total de casi veinte camas.

Al muchacho, aquella idea no le entusiasmó en demasía, al menos no en un principio. Por un lado, estaba el enojo que le producía abandonar la ciudad para instalarse en la bucólica casa de campo de sus padres que, por otro lado, estaría invadida por decenas de parientes casi desconocidos que a duras penas estimulaban su imaginación. Y es que aquel verano hacía ya casi diez años que las familias de los Clément y los Reille no se reunían, habiendo tenido lugar el último encuentro en el estío de 1793, cuando Michel contaba con sólo siete años de edad.

De aquella visita Michel sólo recordaba la urgencia con la que los Clément debieron abandonar Lyon, empujados por la crispación que reinaba en la ciudad en aquellos días, la cual acabó enfrentado a los ciudadanos con el poder central y derivando en una sangrienta represión.² En aquel trance, muchos lioneses perdieron la vida; entre todos ellos, el abuelo Édouard, un convencido revolucionario. Por desgracia, después de aquel episodio, la fábrica de seda de los Reille fue a la quiebra, arrastrando consigo a toda la familia, que se vio obligada a malvender su fortuna para sobrevivir al naufragio. Tras nueve años de dificultades, apenas quedaba ya rastro de la grandeza de aquellos potentados, con excepción de una ajada casona de campo casi desamueblada y un puñado de telares a los que se aferraban como si de tablas de salvación se tratasen.

Claro que Michel aún ignoraba que los Reille eran algo más que una decadente dinastía de fabricantes arruinados. Quizá por eso su redescubrimiento resultó infinitamente más gratificante de lo que en un principio imaginó. Así, lejos de lo que temía, la presencia de los Reille llenó la casa de vida, de la alegría de aquella gente pacífica cuyo único interés era superar los malos tragos del pasado y reafirmar aquella vieja amistad que habían perpetuado a través de un asiduo correo.

Como es obvio, fue en estos días cuando Michel se prendó de su prima Agnés, quien encendió en él aquel amor inocente que ya siempre recordaría con ternura.

Agnés era pequeña y delgada y tenía unas manos finas y blancas como de humo con las que tocaba el piano de forma poco menos que celestial. Michel se quedó fascinado por de ella nada más verla, comprobando como el paso del tiempo la había convertido en una bella y delicada mujercita. Sin embargo, no se percató de la dimensión de su cariño hasta el día en que sus dedos tropezaron sobre el teclado en una pieza a dos manos, pues también Michel era un hábil pianista, aunque aún no tan

² Después del anuncio de la caída del rey en agosto de 1792, la situación política lionesa se polariza en 3 bandos: los "Chalier" (encabezados por el jacobino Joseph Chalier), los moderados (representados por el alcalde girondino Louis Vitet) y los Montagnard (que defienden ideas radicales). A principios de 1793, Chalier dirige a los Jacobinos en el arresto de gran cantidad de realistas durante las noches del 5 y 6 de febrero. Esto genera un conflicto directo entre Chalier y el alcalde, entonces Antoine Nivière-Chol. El 29 de mayo, los Jacobinos asaltan el Ayuntamiento y, después de algunas horas de combates y de 43 muertos y un centenar de heridos, el alcalde y sus colaboradores deciden dimitir. Chalier toma el control de los acontecimientos, siendo investido como alcalde. Durante su breve mandato, los "Chalier" efectúan una política de terror: creación de un tribunal revolucionario, impuestos para los ricos, instalación de una guillotina sobre el Ródano... Pero, aunque esta política agrada a los pobres, la mayoría de la población rechaza este discurso. Finalmente, después de ochenta días en el poder, un levantamiento armado reúne a todas las categorías sociales y, después de otras cuarenta muertes, los lioneses consiguen la detención de Chalier. Luego, el 14 de julio de 1793, los Lioneses van a rebelarse contra las autoridades gubernamentales; es la ruptura con París. El 15 de julio, Chalier comparece ante el tribunal criminal del Rhône-et-Loire, que lo condena a la muerte; al día siguiente, Chalier es guillotinado. Para el poder central, Lyon está convirtiéndose en una nueva Vendée. La ciudad, considerada como un hogar monárquico, se declara en estado de rebelión y se da la orden someterla por la fuerza. El 7 de agosto, comienza el sitio de Lyon. A partir del 8 de agosto, los Lioneses y los soldados revolucionarios se enfrentan en sangrientos combates. El 22 de agosto comienza el bombardeo de la ciudad. La lucha se alargará hasta el 9 de octubre. Sometida la ciudad, Fouché y Collot d'Herbois dirigen una violenta política de saqueos y sanguinarias represiones. Las represalias serán terribles hasta la caída de Robespierre, el 27 de julio de 1794. Al final, el balance de la Revolución es demoledor en Lyon: los comerciantes de la seda, arruinados, dejan el mercado a los ingleses y a los alemanes; los tres cuartos de la industria se detienen; los hospitales se suman en la miseria.

¹ Mediados de agosto de 1802.

profundo como ella. Lástima que aquello ocurriera en la última noche que los Reille pasarían en el *Château* aquel verano.

- ¿Qué queréis? -le preguntó Agnés una vez que se encontraron a solas en el mirador del salón.

- Contaros un secreto -contestó Michel.

El viento sopló un instante con brusquedad entre ambos cuerpos, cada cual más atribulado y tembloroso.

- Michel -lo espoleó ella al ver que su primo no confesaba secreto alguno.

- Os amo, Agnés -dijo entonces casi por ensalmo, como azuzado por la audición de su propio nombre.

El calor de la sangre le emergió a la muchacha a las mejillas.

- Yo también os amo -contestó ella.

Ambos sonrieron y acercaron las bocas para besarse. Aunque aquel, más que un beso, fue tan sólo una caricia leve entre sus labios; nada que ver con la suciedad que de repente Michel descubría en Emilia de Maingernaud, cuyo volumen de amantes acabó mereciéndole, en los círculos burgueses en los que se movía, el sobrenombre de La Coleccionista de Amantes (apelativo que el paso de los años acabaría reduciendo a "La Coleccionista" a secas).

Michel, como otros tantos de los clientes del señor Maingernaud, había descubierto los deleites carnales bajo la dirección de Emilia, cuando contaba sólo con 15 años. No en vano, la dama demostraba una lujuriosa inclinación por los muchachos, los cuales le resultaban más ágiles, curiosos y solícitos en el lecho y le proporcionaban mucho más placer. Incluso su marido, el señor Maingernaud, un sastre que había conocido en Niza algún tiempo atrás, era bastante más joven que Emilia; así se lo había procurado ella, para hacerse más agradables sus obligaciones conyugales, al menos durante algún tiempo, hasta que el esposo perdiera la frescura de la juventud.

- ¿Somos novios? -preguntó Agnés cuando Michel la sacó a bailar.

Él se encogió de hombros sin conocer con exactitud la respuesta correcta. Agnés se sonrió ante su propia ignorancia y luego Michel la secundó.

La velada se alargó hasta el amanecer. Sin descanso se jugó, se comió y se bailó al compás de la orquesta familiar que formaba la tía Caroline junto a sus hijos (toda una pandilla de melómanos) hasta que despuntara el sol. Luego los carruajes, seis en total, se marcharon tomando el camino que hasta allá los había llevado; algunos de ellos hacia Burdeos; la mayoría, hacia Lyon.

Aquella tarde, cuando ya se ponía el sol, comenzó a llover. Michel, tumbado en la bañera de porcelana, escuchó el agua repicar contra las vidrieras.

- ¿Llueve? -preguntó.

Su sirviente Pedro se asomó entre los visillos y la luz violácea de un atardecer nublado se coló en la estancia.

- Chispea, señor.

Y al muchacho le vino a la mente la imagen de su prima Agnés subida en el coche de caballos descubierto, camino de Lyon.

Cuando bajó para despedirse de padre, lejanas ya las noches veraniegas, el *Château* le pareció lóbrego. El silencio de las piezas le hizo regresar a la miseria de la realidad y extrañar la alegría de una casa llena de gente divertida y bulliciosa.

- ¿Hasta cuándo estaréis en Burdeos, padre? -le preguntó después de besarla en la mejilla.

- Hasta dentro de una semana -contestó.

- ¿Aún no puedo acompañaros? -solicitó Michel, a pesar de conocer de antemano la respuesta.

- Ya sabes que no -confirmó-. Tengo demasiadas cosas que hacer. He de revisar la cosecha y la bodega y he de despachar

infinidad de citas en la ciudad. No puedo estar al cuidado de un niño malcriado.

- Pero si no es necesario que cuidéis de mí, señor. -Probó Michel de todas formas-. Puedo quedarme con el tío Gustave.

- De eso nada -gruñó-. Al tío Gustave lo tienes ya más que harto. Llevas un año bajo su tutela y no le has dado más que quebraderos de cabeza. Así que se acabó: no más Burdeos, no más salidas intempestivas, no más trasnochar y no más reprimendas de tus profesores por una buena temporada. Este año terminarás el bachillerato bajo la vigilancia directa del señor Bruyère. Y el año que viene, podrás comenzar derecho.

- Padre...

- El 13 de Vendimiario³ estaré de vuelta -anticipó enfilando la salida-. Esa noche Bruyère vendrá a cenar. Obedece bien a tu madre mientras tanto.

- Padre...

- Ni una palabra más -concluyó Ernest tomando a Michel del brazo y llevándolo al interior de la casa.

- Padre, necesito que me escuchéis.

- ¿Escucharte dices? -Se alarmó Ernest, los ojos abiertos como platos- Me pregunto qué novedad podría escuchar de ti a estas alturas. De un tiempo a esta parte no te he oído más que mentiras.

Tras aquel fallido intento de diálogo, Michel se encerró en su dormitorio, más enfadado consigo mismo que con su padre. No en vano, había consumido toda aquella jornada calibrando cómo iba a confesarles a sus progenitores que él no quería dedicarse a la abogacía. Ahora, tanto ajeteo mental había quedado reducido a un esfuerzo infructuoso, haciéndole lamentar todos los momentos oportunos que había dejado pasar de largo.

En el fondo, al muchacho siempre le había apasionado la vida militar, siendo una inclinación que cultivó desde edades muy tempranas. Ya desde su niñez, lo conquistó la prestancia del uniforme de coracero que su padrino lucía desde que él tenía uso de razón. Pero luego, a medida que fue creciendo y entendiendo, acabó sucumbiendo ante algo menos corpóreo: ese halo heroico que lo envolvía. Tras pasar al cuidado de su tío, aquella pasión suya por la milicia se hizo cada vez más vehemente y más profunda, aunque también más inconfesable. En ello influyó su convivencia con Gustave, quien, a pesar de estar ya retirado, aún recibía frecuentes visitas de antiguos camaradas.

Aquellos hombres, unos más aguerridos y más graves que otros, no acostumbraban a marcharse de Burdeos sin pasar un par de días en la pequeña mansión. Michel se los cruzaba en el pasillo, compartía con ellos la hora del almuerzo, los acompañaba durante sus sobremesas en el patio, viendo descansar sobre los sillones sus guantes, sus espadas, sus abrigos ocasionalmente olvidados. Normalmente no tenían más temas de conversación que la política y las viejas batallas; pero Michel no apreciaba aquello como un defecto, sino más bien como una señal de la entrega que requería el trabajo del soldado. Al muchacho se le iluminaba el rostro oyendo los grandiosos relatos que, sobre victorias o sobre derrotas, aquellos hombres compartían; hablaban de amigos muertos, de héroes, de antiguas heridas e incluso rememoraban palabras que habían oído de labios de los más destacados militares del país, hasta del propio Cónsul Bonaparte.

Pero padre le había planeado ya la vida.

La lluvia continuó cayendo toda la noche y se alargó hasta el amanecer. Michel pasó horas sentado en su mecedora de madera con el colgante que Agnés le había regalado como prueba de su amor entre las manos, observando cómo la lluvia seguía. Lo invadía la tristeza, el cansancio, la nostalgia. Se sentía

³ 5 de octubre de 1802.

estúpido, tanto como su absurda imagen reflejada en el lloroso cristal.



Lucien Bruyère, según lo acordado, visitó por vez primera el *Château Clément* pocos días después, el 13 de vendimiario, invitado a la cena de aquella noche. Y su llegada pasó de lo menos desapercibida. Aún de lejos, el feroz estruendo de su carruaje le espantó el sueño a Michel, quien, resistiéndose ante el encuentro, se había quedado dormido en un sillón. Así, el muchacho pudo presenciar, desde el ventanal de la sala de recibir, como aquella enorme berlina traspasaba la verja principal envuelta por una espesa nube de polvo y como, reduciendo la marcha, salvaba con solemnidad regia el camino que conducía a la planada que se extendía justo delante de la puerta de la casona.

- Señor -Michel volvió la vista. El maduro y grácil mayordomo había entrado en la recámara y aguardaba a pocos pasos del dintel-, vuestro padre ordena que bajéis para cenar.

- Necesito una camisa limpia -solicitó el joven desabrochando con parsimonia la que llevaba puesta- y una jofaina con agua.

- Señor, el invitado ya está aquí -le advirtió.

- Y mi estado es lamentable -se quejó Michel, aunque con más sorna que sofoco, estirando con la punta de los dedos la arrugada vestimenta.

- Hace media hora que estuve aquí para avisaros, señor -le recriminó comedidamente el mayordomo, quien, aunque debía estar enojado, permanecía tan solemne y flemático como una estatua.

- No quiero que me hables como si fueras mi padre. - masculló Michel girándose de nuevo hacia la ventana y apartando el visillo, ansioso por ver cómo el señor Bruyère descendía de la berlina. Si bien, la difusa luz de los faros del carruaje y de la casa encendida apenas le desveló nada más allá de su espléndida figura, alta y fornida, envuelta en un sobrio traje de color negro que parecía no ajustarse demasiado a su sonoro atraque.

Mientras se refrescaba de la calurosa siesta, Michel analizaba la pedante entrada en escena de su nuevo profesor, vista desde la privilegiada altura de la última planta, la cual le daba aún más ganas de huir. Quizá por eso el muchacho engrosara el retraso hasta sumar veinte minutos, tras los cuales hizo su aparición en mangas de camisa y con los cabellos aún húmedos.

- Hijo -le llamó madre la atención con tono dulce y paciente al tiempo que Michel pasaba junto a ella para unirse a los comensales-, te advertí que bajaras bien vestido para la cena.

- Perdonad, madre, pero me sentía tan acalorado que he sido incapaz de vestir el terno completo.

- Disculpad al muchacho, señora Clément -intercedió por él el señor Bruyère dibujando una leve sonrisa-, la juventud puede permitirse esas rupturas.

Pero madre se negó a aceptarlo con un resignado movimiento de cabeza.

- Michel -lo llamó entonces su padre, haciendo girar la conversación e intentando maquillar con su tono educado la cólera que le ardía en los ojos-, ya sabrás que nuestro invitado será tu profesor durante el nuevo curso.

- Sí, padre -confirmó el joven al tiempo que Bruyère esbozaba una nueva sonrisa, esta vez a él dedicada-. Me informasteis de ello antes de marcharos a Burdeos.

- Él sabrá ayudarte -quiso reconfortarlo Ernest.

- ¿Ayudarme en qué, padre?

- Pues en tus estudios -le aclaró, pero con un acento extraño que jamás había empleado con él, compasivo y estoico a un tiempo, haciéndole pensar que para su padre el contratar los

servicios del señor Bruyère había sido un desesperado recurso para salvarlo de no sabía qué enfermedad o qué locura.

- ¿Y en verdad creéis que algo así era necesario? -reprochó el muchacho después de tragar saliva.

- Absolutamente -sentenció Ernest. Y de pronto tanto él como Marguerite lo observaban con los gestos sombríos, como si tras su silencio ocultaran la dolorosa terapia que aseguraría su curación.

La cena trascurrió amenamente entre los adultos, a lo largo de una ágil conversación en la cual abordaron casi todos los temas, con excepción del plan de estudios que el profesor iba a emplear durante los posteriores diez meses. Después, tras dar cuenta de sus postres, padre anunció que se retiraba a dialogar con el invitado.

- Cuando acabes -le ordenó Ernest a su hijo girándose ya bajo el dintel de la estancia-, te reúnes con nosotros en mi despacho.

Michel remoloneó a lo largo de minutos infinitos delante de su plato lleno de manzana, hasta que los gajos se ennegrecieron. Entonces le fue imposible prorrogarlo mucho más y hubo de encaminarse a la oficina de Ernest.

- Pasa, Michel, y siéntate -le autorizaron desde el interior de la pieza al aproximarse a la ranura de la puerta encajada, sin darle la oportunidad de llamar.

En el despacho le aguardaba padre, sentado a su escritorio. Frente a él, al otro lado de la mesa, se hallaba Lucien Bruyère, descansando en un confortable escaño. Y junto al profesor, a su izquierda, esperaba una silla prestada de la antesala, fría y huesuda.

- Como puede comprobar, señor Bruyère -prosiguió papá con su conversación, momentáneamente interrumpida por su llegada-, el rendimiento de mi hijo en sus estudios ha sido cada vez más nefasto. Estoy cansado de recurrir a todo tipo de profesores de apoyo, pero todo en vano. Este año ni siquiera ha superado la mitad de las asignaturas del curso, lo que me ha animado a cambiar de sistema: apartarlo de Burdeos y pasarlo al cuidado de un tutor que se haga cargo de él durante todo el curso académico.

- Y para ese puesto, habéis pensado en mí -inquirió Bruyère.

- Veréis, señor, lo que más me interesaría es que favorecierais un cambio de actitud en mi hijo. Si lo lograrais, no me importaría que los resultados escolares quedasen en un segundo plano.

- Un cambio de actitud -repitió Bruyère aún perplejo-. Pues pedís algo insólito y que, a priori, no me atrevería a garantizar.

- Pues mi hermano os atribuye verdaderos milagros.

- Bueno, vuestro hermano a veces tiende a exagerar -se justificó el maestro conteniendo una tímida sonrisa.

- Si es cuestión de honorarios...

- No, señor Clément -se apresuró a desmentir Bruyère con inmediatez-, no es cuestión de honorarios. Aunque quizá sí necesite un par de concesiones.

De repente, el profesor había mudado de *no garantizarlo a priori* a sólo *necesitar un par de concesiones* y aquella repentina metamorfosis le arrancó a Michel una leve sonrisa de menosprecio, imperceptible incluso para su padre, presa como estaba del encantamiento de aquel charlatán.

- Si no son en extremo exigentes, no creo que haya problemas en satisfacerlas -aceptó Ernest incorporándose-. Pero ¿qué os parece si concretamos nuestras posturas mañana? Yo estaría disponible a partir de las ocho.

- Aquí estaré -confirmó Bruyère tendiéndole y estrechando la mano de padre.

- Sebastián os acompañará hasta la puerta -le invitó Ernest saliendo de detrás de su organizada mesa de trabajo y llevando al profesor hasta la entrada, donde el mayordomo aguardaba

hierático junto al dintel de la antesala, fiel a su flemático estilo de talla egipcia.

Se oía de fondo el carruaje del profesor alejarse en dirección sur cuando Ernest regresaba al interior del despacho, la mano ocupada con una generosa copa de vino. Michel aguardaba estoicamente, imitando indolencia, con las manos temblorosas enlazadas sobre el regazo. Padre cruzó la habitación con parsimonia, haciendo crujir sus refinados zapatos y, ya junto a la mesa, dispuso la copa sobre la tapa y tomó asiento a la vez que dejaba escapar un suspiro.

- Tu actitud de esta noche ha sido deplorable -le recriminó analizando el gesto altivo del muchacho, en apariencia sereno.

- ¿En qué sentido, padre?

- En todos, Michel -refunfuñó Ernest deslizado la copa sobre la pulida madera-, en todos. Tu comportamiento ha sido del todo intencionado -gruñó empezando a elevar el tono de voz-. Primero te encierras en tu cuarto y nos haces esperar casi media hora, hasta que la cena puede ser servida en tu augusta presencia, y luego, no conforme con ello, te presentas con un aspecto de lo más inconveniente, aunque tu madre te hubiera advertido hasta la saciedad la calidad de nuestro invitado. Tu actuación de esta noche ha despreciado el mínimo de respeto y de educación que merecía, no ya el señor Bruyère, sino tus propios padres.

Ahora papá estaba de pie, las palmas de las manos apretadas contra el tablero de la mesa. En la copa, el vino se tambaleaba de uno a otro lado a causa del golpe con el que Ernest había subrayado la última palabra. El silencio se cernía entre ambos, sólo quebrado por el rumor sordo de sus respiraciones.

- Quiero que te retires a tu habitación y medites tu desafortunado comportamiento de esta noche -dispuso papá al cabo de medio minuto, casi habiendo recuperado la calma, pero con el gesto aún endurecido por el enfado-. Mañana te despertará Pedro y te dará instrucciones. ¡Y las cumple de inmediato!